

ELIZABETH ANTHONY
SIN ALIENTO
POR TI

Título original: *Breathless for you*
First published in Great Britain in 2014
by Hodder & Stoughton
An Hachette UK company

Primera edición: 2016

© Elizabeth Anthony, 2014
© traducción: Carmen Terner Lorenz, 2016
© de esta edición: Espora, 2016
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
ISBN: 978-84-16691-28-9
Depósito legal: SE. 1398-2016
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

Prólogo. La historia de Madeline.	9
Capítulo 1	13
Capítulo 2	39
Capítulo 3	55
Capítulo 4	69
Capítulo 5	91
Capítulo 6	111
Capítulo 7	127
Capítulo 8	143
Capítulo 9	157
Capítulo 10	179
Capítulo 11	191
Capítulo 12	213
Capítulo 13	231

Capítulo 14	251
Capítulo 15	267
Capítulo 16	285
Capítulo 17	301
Capítulo 18	319
Capítulo 19	333
Capítulo 20	353
Capítulo 21	371
Capítulo 22	389
Capítulo 23	405
Capítulo 24	421
Epílogo. Belfield Hall, cuatro meses después ...	433

Prólogo

La historia de Madeline

NACÍ LA PRIMERA SEMANA DE FEBRERO DE 1904 EN el preciso instante en el que todas las campanas de París comenzaban a dar la medianoche. Mi matrona, Babette, solía decirme que los copos de nieve bailaban para celebrar mi nacimiento. «¡Eras tan guapa, Madeline! —me decía—. Eras un bebé de invierno, con los ojos muy, muy azules». Sin embargo, cuando tenía diecisiete años las campanas de la iglesia tocaron en el funeral de mi madre y, al cabo de un mes, un duque inglés se convirtió en mi tutor. Aunque me daba miedo irme a vivir a un lugar lejano que no conocía, acepté porque me asustaba aún más mi pasado.

La gente me tenía envidia. «¡Te vas a vivir a Londres, Madeline!». Y eso hice, pero las sombras del pasado se vinieron conmigo. Durante un tiempo me refugié en Belfield Hall, la residencia de campo de mi tutor, pero ni siquiera allí estaba a salvo, porque conocí a un hombre

que trabajaba la tierra, un hombre que me sedujo con su primera sonrisa y, a pesar de haberme hecho la solemne promesa de cuidar de mí misma, caí en sus redes de tal forma que terminé entregándome a él por completo.

Me obligaba a suplicarle su amor, y yo lo hacía. Me di libremente porque creía que él entendía hasta qué punto lo necesitaba. Recuerdo que veía las sombras de su propio pasado en sus ojos cuando me desnudaba y me poseía con ferocidad, con orgullo, despertando en mí un deseo tan fuerte que jamás habría creído posible. Había otras mujeres que lo deseaban, pero él se reía de mis celos diciéndome: «¿Cómo me voy a fijar en nadie más si te tengo a ti? Tú eres mía, Madeline. Mía». Yo le decía que sí una y otra vez, que era suya. Me rendía a él cuando me hacía el amor de un modo oscuro y cegador, de un modo que no habría podido llegar ni a imaginar.

Yo era muy joven, y muy ingenua. De niña debería de haber aprendido a no fiarme de nadie, pero confíé en él. Era una exiliada, una huérfana, huía de la sociedad, y creí encontrar en él lo que más necesitaba.

Pero también descubrí que mi tutor, el duque —el hombre más amable y la mejor persona que había conocido jamás—, corría el riesgo de perder al amor de su vida, una mujer que había trabajado como criada en Belfield Hall. Enseguida descubrí que el duque tenía enemi-

gos, y que sus enemigos eran también los míos: la vieja duquesa de Belfield, para empezar, que lo odiaba por haber heredado la mansión que había sido suya, y *lady* Beatrice, que hubo un tiempo en que lo quiso para ella. Y tuve que afrontar decisiones imposibles, porque para que mi tutor volviera a reunirse con su Sophie, tendría que sacrificar todos mis sueños. Sin embargo, mientras que yo no era digna ni de aspirar a la felicidad, ellos dos se la merecían con creces.

Mi historia comienza el día en que llegué a Belfield Hall, tres años después de la guerra.

Capítulo 1

Noviembre de 1921

—BIENVENIDA A BELFIELD HALL, *MADAME* —DIJO el señor Peters, el mayordomo, que sostenía la puerta mientras me bajaba del enorme Daimler del duque—. Esperamos que disfrute de su estancia aquí.

Unos treinta sirvientes estaban esperando en el patio helado y creo que intenté sonreírles conforme el ama de llaves me los iba presentando por sus nombres, que yo iba repitiendo, aunque sabía que no lograría acordarme de todos. «Bienvenida —me decían—. Bienvenida, *madame*».

Había cogido un tren en Oxford con mi dama de compañía, la señorita Kenning. Un criado llamado Eddie vino a recogernos a la estación y mientras viajábamos en el asiento posterior del coche, la señorita Kenning no paraba de susurrar: «¡Oh, Madeline, y pensar que vamos a vivir en Belfield Hall! Dicen que es una *casa tesoro*, repleta de arte y antigüedades».

Yo me sentía fatal al ver a todos aquellos sirvientes —los hombres con la librea del duque de Belfield y las criadas con sus uniformes negros con cofias y delantales blancos almidonados— aguantando el frío y el viento para inclinarse ante mí. Toda aquella servidumbre me recordaba a mi infancia, a la mansión de rue Saint-Honoré, cuando mi madre organizaba sus fiestas en el salón y me obligaba a unirme a los criados, y mientras ellos ofrecían el vino, yo tenía que pasar una bandeja de dulces haciendo reverencias y presentándome: «Me llamo Madeline. ¿En qué puedo complacerle? ¿En qué puedo complacerles, *mesdames et messieurs*».

—¿*Madame*? ¿Desea entrar, *madame*? —oí decir al ama de llaves, la señora Burdett.

—Sí, por supuesto —contesté—. Lo siento.

La señora Burdett me hizo pasar y la señorita Kenning nos siguió.

—Es una pena que el duque de Belfield no haya podido venir —comentó la señora Burdett.

Me acordé de cuando me despedí de mi tutor. Yo ya estaba con el sombrero y el abrigo puestos, e intentado disimular el pánico, cuando nos despedimos delante de la puerta de su magnífica mansión londinense mientras su chófer James terminaba de meter el equipaje en el coche. Me sentí muy sola cuando me dijo que tenía que irse

a Irlanda, y debió de darse cuenta, porque enseguida dijo: «Pero, si quieres, te acompaño a Belfield, Madeline».

«No hace falta, excelencia», le contesté con total seguridad.

Él me miró fijamente con sus ojos celestes.

«Siento tener que marcharme a Irlanda. Es un viaje de trabajo».

«Lo entiendo —le dije enseguida—. No se preocupe por mí».

«Te escribiré con regularidad —aseguró y me tocó la mano—. Y ya sabes que puedes llamarme cuando quieras. La próxima vez que vaya a Belfield volveremos a hablar de tu futuro. Siento mucho que en Londres no haya ido bien».

«Estaré mejor en el campo», afirmé.

«Eso espero. Escríbeme a Irlanda, Madeline. Y llámame», dijo y yo asentí con un nudo en la garganta.

Sin embargo, al llegar a Belfield y ver aquel inmenso lugar al que me había llevado la vida, a kilómetros y kilómetros de distancia del resto del mundo, con los árboles deshojados y el cielo que se iba haciendo más gris conforme iban pasando las horas, me sentí terriblemente abatida.

Uno de los criados, Robert, subió mi equipaje y la señora Burdett me enseñó mis habitaciones. Además del dormitorio, tenía mi propio cuarto de baño y una pequeña sala de estar con la chimenea encendida. Aun así, me

estremecí al quitarme el abrigo y ver que la lluvia ya estaba empezando a aporrear las ventanas. Acompañaron a la señorita Kenning a un apartamento un poco más pequeño que estaba en la otra parte del pasillo, pero en cuanto desapareció el ama de llaves, vino corriendo a mi cuarto.

—Esta mansión es impresionante, Madeline —me dijo sobrecogida—. Creo que los cuadros son de Rembrandt y el techo del gran salón debe de ser de Verrio. Estoy deseando ver el resto de la casa.

La señorita Kenning había sido mi institutriz y dama de compañía durante casi dos años y me alegraba de que por fin pudiera ser feliz allí. Por mi parte, esperaba haber dejado atrás mi pasado. Esperaba, por fin, estar a salvo.

La primera semana en Belfield Hall me preguntaban si echaba de menos París y yo les decía que «un poco» porque sabía que eso era lo que se esperaban que dijera. Los sirvientes se ocupaban de sus cosas mientras me miraban de reojo y de vez en cuando oía a las camareras susurrar: «Es huérfana, la pobre. Es la pupila del duque. Está muy lejos de su casa y solo tiene diecisiete años». Muchos vecinos de Oxfordshire vinieron de visita aquella semana y también recibimos muchas cartas en las que me invitaban a almorzar y a tomar el té, pero yo le pedí al

señor Peters, el mayordomo, que por favor les dijera que todavía estaba recuperándome del viaje.

Todas las mañanas se celebraba la misa a las nueve y cuarto en la capilla de la mansión. Era un oratorio muy decorado, con grabados de madera y piedra que databan del siglo XVII, o eso me dijo la señorita Kenning. El párroco, que venía a Belfield todos los días con independencia del tiempo que hiciera, se me acercó el primer día que asistí a los oficios y me preguntó si quería que me mandara un sacerdote.

—Supongo que usted será católica romana, señorita Dumouriez —me dijo—. Puedo pedirle al padre O’Ryan de Oxford que...

—No —lo interrumpí—. No es necesario.

Mi respuesta lo desconcertó, como a casi todos.

—Pero me han dicho que se crio en un convento. Seguro que...

—No necesito un confesor, gracias.

Noté como todos los sirvientes me miraban, aguantando la respiración, mientras salía de la capilla con la señorita Kenning.

Una tarde muy fría de finales de noviembre, la señorita Kenning y yo salimos a dar un paseo por el bosque. Supuse que en algún momento tuvo que haber caza de

faisanes por allí, porque a poco más de un kilómetro de la mansión pasamos por delante de una casucha vieja con unas jaulas hechas con barrotes de madera de sauce. Pero daba la sensación de que llevaban años sin usar, y la casa también parecía desierta, así que pensé que tal vez pudo ser la cabaña de algún guardabosques que se marchó a la guerra y no volvió.

Si hacía buen tiempo, salía a caminar por los alrededores o me adentraba en el bosque, y cuando llovía —recuerdo que aquel invierno llovió muchísimo—, me quedaba vagando por la casa. Había tantas habitaciones que muchas veces terminaba perdiéndome, hasta que algún sirviente me encontraba y, supongo que con una mezcla de pena y desconcierto, me acompañaba de nuevo a mi pequeña salita de estar. Un día llegó una carta para mí del condado de Wicklow; era del duque, que me hablaba de la campiña irlandesa, de sus visitas a Dublín y del tiempo que hacía. Y unos días más tarde, me llamó.

—¿Cómo estás, Madeline? —quiso saber—. ¿Te están tratando bien?

—Sí —le dije cerrando los ojos e intentando imaginármelo—. Todo el mundo está siendo muy amable conmigo, excelencia.

En aquella época fue cuando me enteré, por el señor Fitzpatrick —que vivía en el pueblo de Belfield y se ocu-

paba de la administración de todas las propiedades del duque— de que el Ministerio del Interior había solicitado que mi tutor formara parte de la comisión que decidiría el futuro de Irlanda. Me sentí una tonta al enterarme, porque no tenía ni idea de que su trabajo fuera tan importante.

Con todo, cuando llegó diciembre, con sus días tan cortos y sus noches tan frías, yo seguía esperando que mi tutor me llamara para decirme que venía a Belfield Hall; en cambio, me escribió para preguntarme si quería ir a Londres a pasar las fiestas: «Si decides ir —me decía—, me organizaré para ir yo también, aunque sea unos días».

Sin embargo, aquella misma mañana el señor Fitzpatrick me había dicho, con toda su amabilidad pero con expresión ansiosa, que al duque le habían pedido que se quedara en Irlanda a pasar las Navidades para encargarse de un asunto muy urgente, puesto que el anuncio del nuevo tratado entre Inglaterra e Irlanda era inminente. «Es un hombre muy respetado —me había dicho— y sus opiniones se tienen muy en cuenta».

Por lo tanto, le escribí a mi tutor y le dije que me quedaría en Belfield, aunque después de darle la carta al señor Peters para que se la entregara al servicio postal, me retorcí la pulsera de esmeraldas que siempre llevaba en la muñeca, como hacía cada vez que algo me angustiaba. El duque era

muy amable conmigo y no podía confesarle lo sola que me sentía allí, en aquella mansión enorme en la que tan solo rompían el silencio los relojes de los salones; los destartallados relojes de pared de sus antepasados, que con su tictac marcaban el lento paso del tiempo de mi soledad.

Llegó el día de Navidad y se celebró un servicio en la capilla, seguido por una cena especial en el comedor de los sirvientes para todos los empleados de la casa y los que trabajaban fuera de la mansión. La señorita Kenning y yo comimos rosbif y *pudding* solas, en el inmenso comedor que Robert se había ocupado de decorar con velas y coronas de Navidad. Por la tarde, el duque llamó para desearme feliz Navidad y decir que le habría gustado poder estar allí.

Para entonces, yo ya me había acostumbrado a las rutinas de Belfield Hall, aunque los sirvientes todavía no se habían acostumbrado a mí, que, por poner un ejemplo, no me había llevado a ninguna camarera de Londres. La señora Burdett se quedó muy sorprendida cuando le dije que no necesitaba a nadie; apretó los labios y me dijo que ya hablaríamos de eso más adelante. Mientras tanto, varias doncellas solían venir a traerme el té o prepararme el baño y para ver si necesitaba ayuda para peinarme o vestirme.

Pero yo estaba acostumbrada a valerme por mí misma. Además, la poca ropa que tenía era sencilla y lo suficientemente práctica como para pasar el invierno en el campo: blusas de color crema, faldas largas de sarga y varios trajes azul marino y marrón que me solía poner para bajar a cenar a las seis y media. Eran vestidos anticuados, perfectos para las largas horas de Belfield Hall, de modo que no necesitaba a ninguna camarera que me ayudara a ponerme complicados corsés porque no los usaba, como tampoco me ponía bonitas prendas de ropa interior de seda como solían hacer las jóvenes de mi edad; yo prefería ponerme un sencillo sostén de algodón que se ataba a un lado y me aplastaba el pecho, ya pequeño de por sí. El pelo, moreno y largo, tendía a despeinarse a todas horas, así que yo me lo cepillaba con fuerza, como si me estuviera castigando por algo, y me lo recogía por detrás con un lazo liso.

Una de las criadas, Nell, que para mi gusto era la más agradable, me dijo una vez mientras colocaba la ropa recién planchada: «*Madame*, usted debería ponerse faldas bonitas e ir a fiestas, no sé por qué su excelencia...», y de pronto se calló sonrojada.

«Es culpa mía —me habría gustado decirle—. El duque no tiene nada que ver».

Solo me ponía una joya, la pulsera que mencioné antes, de oro con pequeñas esmeraldas engarzadas y un bro-

che con forma de cabeza de serpiente. «Es un regalo», solía decir en Londres cuando los amigos del duque me preguntaban por qué la llevaba siempre. «Qué bonita —suspiraban—. Es maravillosa, y parece antigua. Es un regalo precioso». Pero si hubieran podido verme la muñeca por debajo se habrían dado cuenta de que el borde afilado de la pusera me dejaba unas profundas cicatrices en la piel.

En aquella época solía venir a Belfield Hall una mujer llamada Lottie Towndrow. Me dijeron que era historiadora. Tenía una casa alquilada en el pueblo de Belfield y venía a menudo en bicicleta porque tenía permiso para visitar la biblioteca de la mansión siempre que quisiera. El señor Peters me dijo que estaba escribiendo sobre la historia de las familias afincadas en Oxfordshire y un día me acompañó a la biblioteca para que la conociera; supongo que pensaría que podríamos llegar a trabar amistad.

Cuando entramos, la señorita Towndrow estaba sentada escribiendo, con los anteojos en la punta de la nariz y el largo cabello pelirrojo recogido en un moño bajo. Era pocos años mayor que yo y tenía una forma de vestir austera, si bien la ropa sencilla le realzaba muy bien la figura. Tenía la piel pálida y perfecta que a veces tienen las pelirrojas y cuando levantó los ojos verde claro, me clavó una mirada inquisitiva.

—O sea que tú eres la pupila del duque, ¿no, Madeline? Sin duda eso habrá elevado tu estatus.

Me sorprendió su forma de tutearme, que formaba parte del insulto.

—No mucho —contesté—. Mi padre era un barón con propiedades en Normandía, pero falleció cuando yo tenía dos años, y mi madre murió el año pasado.

Ella asintió.

—En un accidente de tráfico, me han dicho. Y según tengo entendido, el duque era primo de tu madre, así que supongo que te alegrarías al saber que él se ocuparía de ti.

En realidad, cuando mi madre murió yo ni siquiera sabía de su existencia, de forma que me limité a contestar:

—Su excelencia ha sido muy amable conmigo.

—Así que tienes a un duque como tutor y sin embargo tú estás aquí, en Belfield Hall, totalmente sola. ¿Y se puede saber qué haces durante todo el día?

Farfullé algo sobre leer libros y dar paseos por los alrededores.

—Qué desperdicio —comentó—. Sobre todo porque hablas inglés razonablemente bien, por más que no hayas recibido una buena educación, supongo. Por cierto, llámame Lottie. No tenemos por qué mantener las formalidades de nuestros mayores, ¿no te parece? —dijo, aunque estaba

claro que no me estaba ofreciendo su amistad, puesto que volvió a sumergirse inmediatamente en la lectura, dejando bien claro que mi presencia le molestaba.

Unas horas más tarde oí a unos sirvientes que estaban hablando de ella.

—Lo que necesita la señorita Towndrow —dijo uno de ellos— es un hombre que la meta en vereda.

—Es una sufragista —afirmó una de las doncellas dándose importancia.

—¿Y qué? Ese es el problema de ese tipo de mujeres. Asustan a los hombres, cuando en realidad lo que de verdad les hace falta es un buen...

Pero entonces me vieron y todos volvieron a retomar sus tareas en silencio.

En invierno oscurecía muy pronto. Una tarde de enero salí a dar un paseo y cuando volví me di cuenta de que en mi salita se había ido la luz. Como todavía me avergonzaba de tener que llamar a los criados con la campana, decidí bajar a la planta del servicio para ver si encontraba a alguien que pudiera ayudarme.

Cuando pasé por delante del comedor me encontré la puerta abierta y, al ver que estaban tomándose el té, me di media vuelta para no molestarlos, pero ya me habían visto.

—¡*Madame!* —exclamó uno de ellos y todos se pusieron de pie al instante.

Al levantarse, una de las criadas volcó una taza de té, y al ponerla derecha hizo todavía más ruido. Me ardían las mejillas y me retorció la pulsera de esmeraldas.

—Creo que hay que cambiar la bombilla de mi sala de estar —dije—. Eso es todo. No hay ninguna prisa. Cuando tengáis tiempo.

Ya me estaba yendo cuando Robert sacó una silla para mí.

—Iré enseguida, *madame* —dijo—. Debería haber llamado. Pero ya que está aquí, le ruego que pase y se siente con nosotros.

No era normal que los empleados invitaran a los señores a sentarse con ellos en su salón comedor, pero creo que les caía bien porque no me daba aires de grandeza, aunque la verdad es que yo ni siquiera sabía dar órdenes. Puede que también les diera pena verme tan sola, además de despertar su curiosidad. Aunque estaba muy indecisa, me senté con ellos. Alguien empujó una taza de té hacia donde yo estaba y después se hizo el silencio. Intenté sonreír.

—Bueno —dije con el alma en los pies—, la verdad es que es un placer estar aquí, en vuestra maravillosa campiña inglesa. Espero no estar dándoos demasiado trabajo...

El silencio continuó y enseguida sentí el viejo temor. «Lo saben. Lo saben», pensé, pero entonces una de las sirvientas me miró con entusiasmo y dijo:

—Oh, *madame*, usted habla inglés perfectamente. ¿Todos los franceses hablan nuestro idioma tan bien como usted?

Aunque seguía muy tensa, les expliqué que había aprendido un poco de inglés en el convento en el que estudié y que después, gracias a la señorita Kenning, por fin aprendí a hablarlo razonablemente bien.

—¡Pero si lo habla perfectamente! ¡Como una gran dama inglesa! —se maravilló una de las ayudantes de cocina que no había dejado de mirarme desde que llegué—. Cuéntenos algo sobre París, ¿se lo ruego!

—Sí, eso —dijeron los demás—. Por favor, háganos de París.

Así que les mentí sobre la ciudad en la que nací; me inventé historias sobre fiestas y teatros, y sobre los *couturiers* que ellos imaginaban que formaban parte de mi vida cotidiana antes de mudarme a Londres la primavera anterior. Mentiras y más mentiras, toda mi vida estaba hecha de mentiras.

Y conforme iban pasando los días, me iba sintiendo cada vez más apartada del mundo.

La investigadora de Oxford, la señorita Towndrow —o Lottie, como me había pedido que la llamara—, seguía viniendo a Belfield Hall con regularidad. A la señorita Kenning le impresionaba muchísimo. «Es tan, tan lista —me decía—, tan independiente y tan culta».

Mi curiosa dama de compañía solía ir a buscarla para pedirle su opinión sobre ciertos temas relacionados con la historia de Belfield Hall, y me imaginé que lo más probable era que se hubiera convertido en un estorbo para ella. Yo, por mi parte, me dirigía a ella con mucha sequedad cuando nos cruzábamos por los pasillos porque no me gustaba su forma de mirarme, como si fuera capaz de ver en mí mucho más de lo que yo quería dejar ver. Pero un día me pilló por sorpresa y me pidió que bajara con ella a uno de los trasteros, me dijo que allí había unos documentos en francés que quería que le tradujera.

Al ser una invitada del duque, pensé que no podía negarme, de forma que la seguí hasta los cuartos del sótano. Lottie, que estaba más amistosa que nunca, pidió que nos bajaran un café mientras trabajábamos y nos sentamos a una gran mesa de roble en la que ya había preparado los documentos.

—Esto supondrá un gran cambio para ti, Madeline —me dijo con tono despreocupado mientras cogía una

silla para mí—. Hacer algo útil. No puedo ni imaginarme cómo eres capaz de pasarte la vida aquí.

Eso lo dijo antes, claro. Según ella, yo era una superficial y una estúpida. Pero esta vez no le contesté, y tampoco creo que se esperara ninguna respuesta, porque mientras hablaba, ya estaba empujando los papeles hacia mí. Era una carta, redactada con una bella escritura, aunque un poco descolorida. Se la traduje en voz alta, poniendo mucha atención.

—«Amor mío —leí—. Sueño contigo todas las noches. Sueño con tu cuerpo...».

Me detuve.

Creo que se regodeó al ver mi perplejidad.

—Esa carta tiene más de sesenta años —me dijo—. Se la escribió la joven esposa francesa del cuarto duque de Belfield a su amante, Giles, un criado del castillo que sus padres tenían en Lille. Cuando se casó, tuvo que venirse a Inglaterra y, como decía que echaba muchísimo de menos su casa, volvía a Lille siempre que podía para ir a ver a sus padres... y a Giles, supongo —añadió encogiéndose de hombros—. La pobre, de alguna forma tenía que compensar que su marido no tuviera ningún interés por ella. Y mira qué casualidad: la amante del duque también era una joven criada de aquí, de Belfield Hall... Pero sigue, Madeline.

—No hay duda de que tu investigación ha entrado en un tema muy personal —repuse—. ¿El duque está al corriente de lo que estás escribiendo?

—El duque está familiarizado con las desastrosas aventuras amorosas de la nobleza. Después de todo, él también tuvo una amante que era una criada de aquí y ahora es una cantante muy famosa —comentó con enorme desprecio—. No sé cuál de las dos ocupaciones es más degradante.

Sentí un pinchazo en la sien.

—Yo la conozco —dije—. La conocí en Londres y me pareció una persona maravillosa.

—¿En serio? Pero tú no vivías con el duque en Londres, ¿no? He oído decir que te mandó a vivir con una buena familia de Mayfair para poder dedicarse a sus amoríos de clase baja con...

—Lo hizo por mí —la interrumpí—. Porque creía que disfrutaría más en Londres en compañía de otras jóvenes.

Lottie arqueó una ceja.

—Pero evidentemente no fue así, porque al final te has venido aquí —comentó y me acercó un poco más la carta—. Sigue, por favor.

Y eso hice.

—«Sueño con tu lengua —leí— dándome placer en el lugar que te gusta llamar tuyo. Sueño con tu semilla

—vacilé un instante— derramándose en mi interior. Durante las noches interminables de la espera me acaricio el pecho pensando en ti, mi magnífico amante...».

Dejé de leer un momento mientras ella garabateaba algo.

—¿Se entiende? —le pregunté educadamente.

—Sí, por supuesto. Tu vocabulario inglés es... excelente —comentó mientras me observaba—. Me alegro de que no seas una encogida, Madeline. O eso me han dicho.

Me estremecí. «¿Qué quería decir? ¿Qué sabía de mí?».

—¿Pasamos a la siguiente página? —urgió mientras servía el café.

Continué con la traducción, leyendo con atención y frialdad. Siguiéndole el juego. Al cabo de un rato me subí a mi habitación, consciente de que había intentado incomodarme, e incluso excitarme. Pero si quería molestarme de verdad, iba a tener que esforzarse mucho más.

Estaba a salvo allí, seguía repitiéndome a mí misma. Estaba a salvo.

Llegó febrero y, con él, mi décimo octavo cumpleaños. Cook me hizo una tarta y mi tutor me mandó un pequeño medallón de oro y me escribió para decirme que

esperaba volver a Inglaterra muy pronto. Pero aquella tarde me encontré al señor Fitzpatrick, que solía ir a la mansión todas las semanas para comprobar que todo siguiera en orden durante la ausencia del duque, y me dijo que probablemente tuviese que quedarse en Irlanda durante un tiempo.

—Supongo que no tendrá ocasión de leer las noticias, señorita Dumouriez.

—A veces leo el periódico —le dije. *The Times* llegaba todos los días a Belfield Hall y Robert o Richard siempre se encargaban de plancharlo antes de dejarlo en la biblioteca—. Intento leer todo lo que se refiere a Irlanda, pero me resulta difícil entender la situación. ¿Sería tan amable de explicarme qué está haciendo el duque allí y qué consecuencias tiene ese nuevo tratado?

—Nos llevaría un poco de tiempo —dijo.

—Por favor —le supliqué.

Miró el reloj.

—Podría ser ahora, si usted tiene tiempo. ¿Me acompaña a la biblioteca, señorita Dumouriez?

—Por supuesto.

Una vez allí, el señor Fitzpatrick se acercó a una de las repisas y sacó un atlas enorme que puso encima de la mesa. Lo abrió delante de mí. Era meticuloso y amable. Señaló Dublín y Belfast, y trazó con el dedo una línea

imaginaria que cruzaba el país para enseñarme la nueva frontera permanente que se establecería por medio del tratado y que separaría el norte y el sur.

—¿Así que están dividiendo el país? —dije moviendo la cabeza sorprendida—. Pero ¿por qué?

—En realidad —suspiró—, Irlanda ya lleva mucho tiempo dividida entre los católicos del sur, que no quieren seguir sometidos al gobierno británico, y los protestantes del norte, que quieren permanecer en el Reino Unido. Por este tratado, Irlanda del Sur, el Estado Libre Irlandés, tendrá su propio gobierno, con sede en Dublín.

—Pero ¿por qué está el duque tan implicado en todo eso?

—El duque ha participado en las negociaciones sobre dónde habría que establecer la frontera, en parte porque, como muchos otros nobles ingleses, posee propiedades en el sur, en el condado de Wicklow, para ser exactos.

Yo seguía sin entenderlo.

—Pero a los irlandeses no les gustará que haya un grupo de ingleses ocupándose de negociar los términos de su independencia.

—Casi todos los que se han encargado de redactar el acuerdo final son políticos irlandeses —explicó—. De hecho, el duque y otros nobles ingleses se plantearon lo mismo que usted, y su excelencia ya ha declarado que

está dispuesto a renunciar a sus propiedades irlandesas, puesto que no se siente con derecho a poseerlas. «Es como tener un trozo de otro país», me dijo una vez. Pero, desde luego, al afirmar eso se ha ganado la antipatía de muchos nobles ingleses que poseen castillos y grandes haciendas en tierras de Irlanda.

Deseé que mi tutor me lo hubiera contado antes de irse; porque no sabía nada de eso, no tenía ni idea.

—Pero si hay un acuerdo, ¿por qué siguen discutiendo?

—Porque los líderes del Ejército Republicano Irlandés quieren unir todo el país, el norte y el sur, y creen que el nuevo gobierno del Estado Libre Irlandés ha accedido con demasiada superficialidad a las peticiones británicas; por ejemplo, al permitir que las bases navales británicas permanezcan en aguas irlandesas. Y el Ejército Republicano Irlandés considera que los han traicionado.

—¿Un ejército? ¿El duque podría estar en peligro?

—No, no, él está a salvo. Siempre está en su propiedad de Wicklow o en Dublín. La Constitución acaba de presentarse a la Cámara de los Comunes, en Londres, pero todavía hay que templar los ánimos de algunos políticos irlandeses. El duque me llamó ayer por la noche para decirme que no podrá regresar hasta que termine todo su trabajo allí. Y me preguntó por usted, como siempre. Volverá en cuanto pueda, no le quepa la menor duda.

Asentí y volví a mirar el mapa de Irlanda, con todos aquellos nombres preciosos: Limerick, Tipperary, Kinsale...

—Durante la guerra, había irlandeses luchando en Francia, ¿verdad? —le pregunté de pronto.

El señor Fitzpatrick se entristeció.

—Sí, muchos irlandeses lucharon en la guerra. Pero los que querían independizarse del Reino Unido no lucharon. Todavía hay muchos rencores en ambas facciones, pero el duque tiene muy buena reputación allí. Usted tiene el número de su excelencia, ¿no es así? Puede llamarlo cuando lo desee... el duque no lo verá como una imposición.

Me sonrió, puso el atlas en su sitio y se fue. Pero yo me quedé allí, pasando las páginas del periódico de aquel día hasta que vi un titular: *Noticias de Irlanda*. Y leí: «Los obispos católicos imploran que el pueblo irlandés acepte el tratado de paz y disfruten de la libertad que conlleva. Pero el Ejército Republicano Irlandés está dispuesto a combatir...».

¿Combatir? Seguí leyendo un poco más, hasta que dejé el periódico en la mesa y salí de la biblioteca. La tarde se me hizo mucho más fría, y los pensamientos más sombríos.

Al día siguiente escribí a mi tutor para darle las gracias por el regalo y decirle que me encontraba muy bien en Belfield Hall. Le entregué la carta al señor Peters y, como todos los días, salí a dar un paseo por los yermos jardines hasta que oscurecía y ya apenas lograba ver el camino. Cuando volví a mis habitaciones, la señorita Kenning me estaba esperando.

Supuse que querría hablarme sobre los magníficos cuadros y esculturas de la mansión, pero en cuanto me vio, me dijo que le habían dado un sobre para mí.

—Mi querida Madeline, ha llegado una carta para ti. ¡De Londres! Debe de ser de alguno de tus jóvenes amigos de allí... a lo mejor es una felicitación que llega con retraso.

Yo no había hecho ningún amigo en Londres. Me dio la carta, emocionada, y esperó a que la abriera, pero no lo hice.

—Bueno —dijo desanimada—, solo queda una hora para la cena, así que voy a volver a la galería. ¡Acabo de descubrir cuatro esbozos de Constable! Esta mansión está llena de sorpresas.

Esperé a que cerrara la puerta para abrir la carta. La leí y la solté. Por un momento, todo me dio vueltas. El pasado me había alcanzado.

Me puse las botas y me eché por encima un abrigo de pieles un poco raído que encontré en la habitación de al lado.

—Creo que era de la duquesa —me dijo una de las criadas, Betsey, cuando le pregunté—. No estábamos seguros de si debíamos mandárselo a la casa de campo, que es donde se mudó, *madame*, ella y todos sus gatos.

—¿Sus gatos?

—Sí, una docena por lo menos. A la señora le encantan los gatos. En su lugar, yo me quedaría con él, *madame*. Necesita ropa de abrigo para afrontar el crudo invierno de Inglaterra.

El abrigo tenía un bolsillo ancho y profundo en el forro. Cuando me lo puse, me metí una funda de cuero en el bolsillo. Salí de la casa por una puerta trasera, crucé el jardín en la oscuridad y me dirigí hacia un camino del bosque por el que había estado paseando unas semanas antes con la señorita Kenning. En menos de media hora llegué al claro en el que había visto las jaulas de faisanes y la cabaña abandonada. Con mucho cuidado, metí la mano en el bolsillo del abrigo de la duquesa, saqué la funda de cuero, la puse encima de un tronco cortado y la abrí.

La pistola brilló a la luz de la luna.

Abajo, en el valle, se veían las luces de Belfield Hall. Ya debían de haber anunciado la cena, y el señor Peters

habría mandado a los sirvientes a buscarme por toda la casa. Seguramente las doncellas estarían preguntándose entre ellas: «Pero ¿qué habrá hecho ahora? ¿Dónde se habrá metido la *mademoiselle* de París?».

La *mademoiselle* de París estaba asustada, otra vez. Y me asusté aún más cuando de repente oí unas pisadas y al darme la vuelta vi dos enormes labradores negros que se me acercaban, seguidos por un hombre que iba vestido con una cazadora y llevaba un rifle al hombro.

